

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Advertencia.* = *Crítica dramática,* por D. Francisco Flores Arenas. = *Los sombreros de copa,* por D. Victoriano Martínez Muller. = *Rugier de Lauriga,* por la Sra. Doña Felicitas Asin de Carrillo. *Segunda parte.* = *Este mundo es un fandango,* por D. Mariano Ruiz-Lorenzo. = *Geroglífico.*

ADVERTENCIA.

La necesidad de regularizar de un modo conveniente la marcha administrativa de nuestro periódico, nos fuerza á establecer ciertas condiciones generales, que por el hecho de serlo á nadie pueden agraviar. En una suscripción tan vasta como la de *La Moda* no es posible deje de haber quien trate de burlar su propio y espontáneo compromiso, y si bien el número de estos es bien corto respecto al de aquellos á quienes siempre se les halla dispuestos á cumplirlo, todavía la administración sufre perjuicios nada despreciables, que es justo procure evitar para lo sucesivo. En tal supuesto, nos vemos obligados á manifestar que las suscripciones que no sean satisfechas dentro del plazo del mes á que corresponden, no serán servidas en el siguiente.

No imponemos leyes nuevas; son las generales de todos los periódicos, y aun las de este mismo respecto de las suscripciones de fuera de Cádiz, cuyo pago se exige adelantado en libranzas ó sellos.

Nuestros constantes favorecedores comprenderán cuanto sentimos el haber de tomar una resolución á que ellos ciertamente no han dado lugar.

CRITICA DRAMATICA.

LAS DULZURAS DEL PODER, comedia en tres actos y un prólogo, original de D. Angel María Dacarrete.

Ha dos meses que se estrenó en Madrid la producción, cuyo título llevamos espuesto, de-
JULIO.

bida á la pluma de nuestro apreciable compatriota y distinguido literato el Sr. Dacarrete. Esta última circunstancia, unida á la del interés producido por cierta polémica suscitada con ocasion de las tendencias que por algunos á la sazón se le atribuyeron, nos estimulan á ocuparnos de ella, si no con el detenimiento debido, al menos con el que nos permiten los límites y condiciones de nuestro periódico. Eso es lo que vamos á emprender, principian- do por presentar una reseña de su argumento, sin lo cual no fuera posible se apreciase las exactitudes ó inexactitudes de nuestro juicio acerca de ella.

La escena es en Lisboa; la época no se determina, pero atendiendo al tecnicismo parlamentario que allí se usa y á las costumbres políticas que allí se representan no puede dudarse que es contemporánea.

Estamos en el prólogo.

El marqués de Villa de Souto es presidente del consejo de ministros. Ama con igual vehemencia á su poltrona y á su hija única llamada Teresa; pero mas atento á la primera que á la segunda, al par que sueña con la oposición en la prensa y en la tribuna, no ha echado siquiera de ver que su hija está ciega- mente enamorada de su mismo secretario particular, mozo aventajado y galán, que con no menor pasión la corresponde; cosa que todos saben en la corte, menos el ministro.

¿Mas cómo pensar en que el ilustre prócer de Portugal, en que el jefe del gabinete acceda á que la mano de su opulenta heredera se enlace con la de un joven oscuro aun y pobre? D. Juan de Almeida, que tal es el nombre del secretario, no se hace ilusiones; pero Teresa discurre como niña enamorada, sabe cuanto la ama su padre, y conía. Solo espera un momento de buen humor; la derrota de la oposición es lo único que puede proporcionarle este deseado momento.

Los deseos de la joven en este punto pare-

cen cobrar esperanza de un próximo éxito. D. Fernando Novoa, diputado terrible, maza de Fraga del gabinete, perro de presa del parlamento puesto que tanto ladra como muere, se acaba de presentar en casa del marqués. ¿Es que viene á que le ponga la argolla y la cadena? ¿Es que vé ya maduro el fruto tanto tiempo ha cultivado por su ambicion? Es muy probable. Novoa trae bandera blanca, es decir, que prepara armas y bagages para pasarse con ellos al enemigo. La oposicion se desorganiza, el ministro triunfa, y entre las gracias del fausto suceso Teresa espera el indulto de su amor y el *exequatur* para su boda.

¡Cuánto se engañaba!

Novoa venia en efecto á pasarse al ministerio; pero con sus buenas condiciones. Era la primera una de las carteras. Sobre eso no hay discusion. Al que la desempeña se le envia á escardar cebollinos. Pero Novoa pide algo mas que eso, pide la mano de Teresa, y ya se comprende que el asunto es muy otro. El aspirante á ministro y yerno, tal como allí se le pinta, es de bajo nacimiento, falto de prendas personales, pobre de ingenio y de ánimo, menguado de saber, y en cuanto á desinterés, lealtad y constancia en sus principios, su ruin defeccion manifiesta cuantos puntos calza: pues ahora bien, el presidente del gabinete lo acepta con gozo para ministro, pero el padre no le quiere para yerno, creyendo que podrá hacer la felicidad de la patria el que no podrá labrar la dicha de una mujer. Eso prueba todo lo difícil que es hacer la de estas.

Novoa no se arredra por eso. Conoce la existencia de cierta real orden firmada por el marqués en la que se autorizan ciertos enjuagues por el estilo de otros de otras épocas y de otros países, y amenaza con una acusacion. Verdad es que, segun el ministro, aquello fué un abuso de confianza (y sigue la alegoría); pero esto no lo tranquiliza lo bastante, porque cree que lo mejor de los dados es no jugarlos.

Teresa, que todo lo ha oido oculta, sale no bien ha desaparecido Novoa, y declara á su padre que acepta por esposo á aquel hombre. El marqués, que no comprende toda la abnegacion que encierra aquella oferta, no duda aceptar el sacrificio.

Acabó el prólogo y empieza la comedia.

Matilde es una niña de diez y seis años hija de Novoa y de Teresa. Es decir que han pasado por lo menos diez y siete abriles desde la época en que acaecieron las cosas que hemos narrado. Está de mas decir que ya ha muchísimo tiempo que no son ministros ni el marqués ni su yerno, los cuales apenas se

ven ni se entienden. Otro tanto acontece á Teresa y á su marido, quienes se odian con la mayor cordialidad del mundo. En cambio Almeida, novio cesante de entonces, es gefe del gabinete, y Luis, su hermano político de la última cria, es el amante de Matilde. Esta es hija única como lo fué su madre, y como su madre es rica, amable y bella; aquel es un buen chico como lo fué su hermano; pero no es ni siquiera secretario particular. La segunda tanda de este rigodon aparece, por tanto, demasiado simétrica con la primera; dos presidentes del consejo; dos parejas de amantes de iguales caracteres y colocados en posiciones respectivamente iguales; dos oposiciones formidables, la una de las cuales forma el nudo del prólogo y la otra la de la comedia; dos desenlaces, en fin, de abnegacion y de generosidad.

Ahora bien, Novoa, que no ha perdonado jamás á Almeida el haberle hecho caer años atrás del ministerio, unido ahora á un tal Silva, tambien ex-ministro, viendo impotentes sus esfuerzos en el círculo legal para derribar á su odiado y hasta entonces venturoso contrario, conspira contra su autoridad y aun contra su vida, y aprovechándose de la carestía del pan promueven ambos una asonada prontamente reprimida. No cejan por eso en su propósito, é intentan asaltar el ministerio á las altas horas de la noche, escribiendo al efecto Silva á Novoa una carta que cae en manos de Teresa. Propónese esta salvar á su antiguo amante, y corre á su casa para prevenirle. El tumulto estalla, Luis es herido aunque levemente, el ministro sale al balcon y sosiega al pueblo, los conjurados son perseguidos por la tropa, y Almeida ordena su pronto castigo; pero Teresa, que aun permanecía allí oculta, ruega se revoque la orden que condena á su esposo. Este es salvado por Luis en medio de la refriega y obtiene la mano de Matilde, partiendo ambos á Lóndres con sus padres y su abuelo el marqués, que acaba de ser nombrado embajador en dicha corte.

Los demás personajes que actúan en la comedia, como son el baron de Mascareinhas, el vizconde de Coutiño y el duque de Gureiño, no tienen parte alguna directa en la accion; constituyen solo determinados tipos que el autor ha querido presentar para realzar ciertas situaciones ó para emitir tal cual pensamiento donoso ú oportuno, que amenizase la aridez política que su buen talento debió hacerle presentir en un asunto casi exclusivamente fundado en las ya cien veces manoseadas intrigas de la vida pública, tal al menos como se considera en los dramas y en las comedias.

Scribe ha aplicado con gran éxito este resorte á sus admirables producciones; pero sus peripecias gubernamentales no las ha fundado nunca en un discurso de oposicion, ni ha dado mayor importancia de la que se merecen á los Demóstenes pollos, sino que ha sabido buscar y encontrar esas pequeñísimas causas, imperceptibles á la generalidad, y que sin embargo por lo comun deciden de los destinos é influyen poderosamente en los sucesos. Sus comedias son las soluciones de muchas y muy ocultas charadas políticas, y mas aun, diplomáticas. Siga las huellas de este autor el que quiera cultivar semejante género, porque la verdad es que el camino trillado por los demás hasta ahora es ingrato y árido como él solo. Así pues creemos que si nuestro amigo el Sr. Dacarrete hubiese empleado en otra clase de asunto su buen talento y su corazón de poeta habria conseguido mas con menos trabajo.

Ya se entenderá que ni por asomo queremos decir que la comedia no sea buena, y aun muy buena, en algunos diálogos sobre todo. Pero apelamos á él mismo, puesto que es tan buen juez en la materia. ¿No siente la diferencia que hay entre las deliciosas escenas de Almeida con Teresa, de Matilde con Luis, y las de Novoa con Silva por ejemplo? ¿No advierte en aquellas el perfume de la rosa y del clavel, cuando en estas cierto olor á artículo de fondo?

No es esto culpa de su excelente ingenio: él, por el contrario, ha sabido hacer una cosa agradable en un género bien ingrato; ¿pero por qué no se deja llevar con mas confianza de los impulsos de su corazón? ¿No ha debido á ese abandono sus mejores triunfos escénicos?

Y ahora nos preguntamos á nosotros mismos: ¿No hemos estado algo mas severos de lo que debiéramos tratándose, como se trata, de una produccion de indudable mérito?

Esto temíamos, pero nos ha tranquilizado el recuerdo del siguientes verso de Boileau:

*Aimez qu'on vous conseille,
et non pas qu'on vous loue.*

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LOS SOMBREROS DE COPA.

Sombreros que en el siglo diez y nueve
Sois el adorno capital de Europa,
¿Quién vuestra fama á oscurecer se atreve?
Que salga aquí y le comeré por sopa.

Si pretende humillarnos el chambergo,
Conspira en valde por haceros daño,
Nadie postergará, ni yo postergo
Un sombrero de ogaño á otro de antaño.

Dadme una forma de sombrero nueva,
Dadme un sombrero de la edad presente,
Y dejad del pasado en la honda cueva
Los rancios usos de la antigua gente.

Un sombrero al vapor y me lo pongo,
Un sombrero fosfórico y lo gasto;
Mas si un chambergo me ofreceis ó un hongo
Lo arrojo al suelo y sin piedad lo aplasto.

Y sin temor á que me achauen faltas
Sostendré con valor y con franqueza,
Que los sombreros de las copas altas
Deben siempre marchar á la cabeza.

Sus enemigos les pondrán mil motes,
Les lanzarán insulto tras de insulto,
Dirán que son chisteras, que son botes,
Canoas ó navíos de mas bulto.

Yo al chambergo no doy ningun apodo,
Ni ese mueble en verdad lo necesita,
Pues quien dijo ¡chambergos! dijo todo,
Y el solo nombre de chambergo irrita.

No me digan que un tiempo fué la gloria
Y la delicia fué de mis abuelos,
Que si bien yo respeto su memoria,
La respeto no mas... hasta los pelos.

Ellos pudieron con motivo justo
El chambergo llevar por cobertera,
Y yo puedo tambien, si así es mi gusto,
Encontrar mas chistosa la chistera.

Y si fué de sus glorias un testigo
El chambergo en América ó Castilla,
De las que nuestra edad lleva consigo
El de *copa* tambien se maravilla.

Hoy el de copa vé de ciencias y artes
El progreso magnífico y fecundo,
Y vé brillar guerreros estandartes
Ya que es lauro la guerra en este mundo.

El de *Byron* lució sobre la frente
Y de Hugo y Lamartine cubre el cerebro,
Y símbolo de union es al presente
De las naciones desde el Volga al Ebro.

¡Sombrero universal! yo te bendigo,
Tú has de cubrir en mi vejez mi calva,
Y siempre del chambergo tu enemigo
Estará mi cabeza libre y salva.

Tú me acompañarás á los salones
Y conmigo vendrás á los paseos,
Camparás en mis locas diversiones
Y serás el mejor de mis trofeos.

Y antes que prescindir de tu donaire,
Y antes que denegarte mi entusiasmo,
Juro que iré con la cabeza al aire
Aunque me lleve Satanás de un pasmo.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

CAPITULO XI.

Rugier, Fernando de Mallorca y los dos hombres que iban en su compañía, salvaron á grandes jornadas la no pequeña distancia que media entre el castillo de Guevara y la villa de Tordehumos (1).

Era por la tarde y el sol dejaba caer á plomo sus rayos abrasadores; ni un árbol prestaba su sombra á nuestros viajeros; ni se descubría en todos aquellos contornos una fuente amiga que pudiera aplacar la sed que los devoraba. Fernando de Mallorca convaleciente todavía de sus heridas, sentíase bastante cansado, mientras que Rugier abrigaba en su mente un solo pensamiento; el de llegar cuanto antes al sitio en donde se suponía que moraba su esposa.

Nuestros seis caminantes llegaron á la cumbre de una elevada colina, desde la cual se descubría una considerable porcion de terreno, siendo grande la admiracion de todos al ver que aquellos sitios estaban ocupados por gentes de guerra y multitud de tiendas de campaña. Rugier tendió la vista en direccion de Tordehumos, que se alzaba imponente á lo lejos, y vió asimismo sobre sus torres y murallas un enjambre de guerreros cuyas bruñidas armaduras chispeaban heridas por los rayos del sol.

Hombre avezado desde niño á los combates y experto en las lides de todo género, Rugier de Lauriga conoció inmediatamente lo que tal escena podría significar. Tordehumos era en aquellos instantes objeto de un cerco, y acaso sitiados y sitiadores estaban próximos á llegar á las manos. Particularmente en el campo de estos últimos, se notaba una grande agitacion y movimiento, y hasta podría presumirse que á la sazón se estaban haciendo los preparativos necesarios para emprender un asalto por los puntos mas franqueables ó menos guarnecidos.

Por muy escaso conocimiento que tuviese una persona cualquiera de las grandes discordias intes-

(1) No he visto esta villa ni pisado su territorio; pero tengo entendido que está situada en la vertiente de un cerro, en terreno áspero á siete leguas de Valladolid, dos de Rioseco y diez de Palencia. Las aguas del Sequillo pasan lamiendo la falda de dicho cerro en que está fundada la villa. En la actualidad se ven todavía los restos de un antiguo castillo, del cual se conservan la torre del homenaje, un algarbe y otros vestigios de sus fortificaciones. El castillo domina la poblacion.—(Nota de la autora.)

tinias que por entonces tenían agitados á los castellanos, y por muy grande que fuese la admiracion de nuestro jóven caudillo al presenciar aquella escena tan inesperada, dando luego lugar á la reflexion y á mas maduro exámen semejante contratiempo, no podia considerarse en último término como un suceso inexplicable ó maravilloso. El reinado de aquel monarca conocido en la historia con el triste sobrenombre del *Emplazado*, habia sido en mas de una ocasion tan pródigo de desventuras como fecundo en traiciones por parte de ciertos magnates á quienes el rey jamás logró llevar á buen término y leal avenencia. Rugier sabia todo esto y á pesar de eso no podia ni era fácil que pudiese adivinar el significado de aquel imprevisto suceso. Ignorando lo que habia ocurrido desde su salida de Valladolid, era bastante difícil esplicarse lo que tan inesperadamente se presentaba á su vista.

Todo esto pasó por su mente con la velocidad del pensamiento; es decir, con la velocidad del rayo. En la situacion en que se hallaba poco podia importarle que los sitiados ó los sitiadores fuesen amigos ó enemigos del rey. La memoria de aquella mujer, que siendo su legítima esposa, estaba tanto tiempo hacia privada de su amor y de su amparo le preocupaban en extremo. ¿Cómo volar en su socorro y penetrar en su cautiverio? ¿Cómo sacarla de entre las garras de sus perseguidores?

Al fijar Rugier su consideracion en todo esto, la imagen de la condesa de Cinco-villas apareció en su mente como si acabase de evocarla por medio de un mágico conjuro. Llegó á verla llena de altivez, soberbia y amenazadora como la vió en el alcázar de los reyes de Aragon, como la vió durante la noche que tuvo con ella su última conferencia. Pensó entonces en la terrible constancia que aquella mujer habia desplegado con el intento de arrebatarse su felicidad, alejándole de la mujer querida; pensó en las contrariedades que habia sufrido en su amor; y de uno en otro pensamiento, surgieron tambien en su imaginacion los recuerdos de las tendencias de Ana de Sobradiel por lo que respecta al rey D. Fernando de Castilla, cuya perdicion habia jurado una y cien veces delante de Rugier.

¿No podia ser todo lo que se presentaba á la vista de este, efecto de las maniobras de aquella rencorosa dama, cuyo poder, riquezas y sagacidad eran tan grandes como su rencor profundo y su enérgica voluntad?

Estas ideas se agolpaban unas en pos de otras en el alma del enamorado caballero que, seguido de sus amigos, descendía lentamente por la cumbre del monte con direccion al llano. Fernando de Mallorca permanecía en silencio, si bien todo lo observaba con creciente avidez. Menos interesado y menos resuelto que su amigo, pensaba tan solo en los muchos obstáculos con que su empresa de salvar á Catalina habia forzosamente de tropezar.

Lauriga cobijó en aquel instante dentro de sí una nueva idea que no era del todo descabellada. D. Lope de Haro, favorito del rey de Castilla le habia prometido inquirir á todo trance el paradero

de Catalina y ponerla en sus brazos tan pronto como le fuese posible. ¿No era verosímil y hasta probable que al saber se hallaba presa en Tordehumos hubiese venido por ella, cumpliendo de este modo su generosa y bizarra promesa?

No había formulado todavía en su interior este acuerdo, y ya Rugier sintió abierto su corazón á las mas dulces y consoladoras emociones. Sin saber lo que hacia picó espuelas á su caballo y se lanzó en direccion del campamento que ocupaba las avenidas de la villa sitiada.

Fernando y los demás le siguieron solícitos sin dirigirle una sola pregunta.

De pronto se paró aquel, y los otros hicieron lo mismo. Al torcer una encrucijada que habia en el camino, Rugier de Lauriga vió llegar hasta él, ligero como una exhalacion, un ginete armado de todas armas que pasó á escape sin dirigirles un saludo siquiera, y que cada vez con mayor precipitacion desapareció de su vista en direccion opuesta del campo sitiador. Luego tomó una senda lejana que tal vez iba á comunicarse con la montaña en donde descansaba Tordehumos y ya no se le vió mas.

Nada tenia de estraña la aparicion de un guerrero que pasaba sin saludar de prisa y con la visera calada, y sin embargo Rugier tuvo que afirmarse en su silla para no caer al suelo tan pronto como llegó á divisarle.

Como el lector no podrá saber la causa de aquella emocion, creemos justo explicarla y vamos á hacerlo.

La primera, la única vez que Rugier habia sido vencido en los campos de batalla; la vez primera que un hombre fuerte, lleno de valeroso ímpetu, de irresistible denuedo, se habia lanzado en medio de su camino deteniéndole en él con voluntad de hierro y propicia fortuna, fué aquella en que cayó despojado de su estandarte en medio de las calles de Sangüesa. El hombre que así le habia vencido en aquella ocasion llevaba puesta una armadura de gran precio que Rugier habia tenido luego ocasion de examinar detenidamente. El hombre que acababa de ver en las inmediaciones de Tordehumos llevaba el mismo casco, la misma cota, la misma armadura por decirlo de una vez.

Lauriga creyó reconocer al hermano de Catalina y sin poder contenerse exclamó en tono casi suplicante:

—Adrian! Adrian! hermano mio!

Estas palabras fueron á morir en el espacio; el caballero habia desaparecido segun ya hemos manifestado.

—¿Qué tienes? ¿á quién llamas? preguntó el de Mallorca poniéndose al lado del capitán.

—No sé, respondió este, como avergonzado de que fuesen testigos de su debilidad; me pareció haber visto al hermano de mi esposa y le estaba llamando.

—De seguro no será él cuando ni aun siquiera volvió la cabeza.

No habian acabado de proferir estas palabras, cuando se hallaron en un camino que hoy pudiéramos llamar carretera, y vieron avanzar hácia ellos,

también á buen paso, un lucido escuadron á cuyo frente se descubria un lujoso caballero de noble y marcial continente. Nuestros seis viajeros dejaron escapar entonces un grito de júbilo.

Acababan de reconocer en el gefe que comandaba aquel escuadron, al caballero Don Lope de Haro.

Era él, efectivamente, y ambos amigos tuvieron el gusto de estrecharse el uno en los brazos del otro.

—Os presento, dijo Lauriga cuando hubo pasado la primera impresion de alegría que ambos sintieron, á mi noble y querido amigo D. Fernando de Mallorca.

—Yo me huelgo de conoceros, respondió D. Lope alargando su mano y estrechando la que el de Mallorca le tendia al mismo tiempo; tengo, continuó dirigiéndose á Rugier, las mejores noticias de las prendas que adornan á este caballero, y me alegraré que acepte mi buena y cordial amistad.

—Por mi parte, respondió Fernando, tendré en ello un verdadero placer.

—Ahora, dijo D. Lope, justo será que descanséis un poco; venid conmigo á mis tiendas y en el camino me contareis como lograsteis salir de vuestro encierro. Tan pronto como ví el escrito que enviasteis á mi amigo Lauriga, os puedo asegurar que vuestra suerte me inspiró la mayor simpatía.

—Por cierto, observó Rugier dirigiéndose á Fernando, que todavía no me has contado de qué medios te valiste para dirigirme tu aviso.

—Tienes razon, replicó el de Mallorca. Si mal no recuerdo, creo haberte dicho que un dia formé con los bancos y tablas de mi cama una especie de tablado en forma de rampa que me permitió encaramarme hasta la claraboya por donde se iluminaba el interior de mi calabozo. Aquel dia, y esto creo habértelo dicho tambien, llegué á divisar dos personas que conversaban por la parte exterior del sitio en que yo me encontraba: eran una mujer entrada en años y un fraile pequeño, barbudo y de cabellos cenicientos, á quien su compañera llamaba el padre Gerardo.

D. Lope interrumpió al de Mallorca con esta pregunta:

—¿El padre Gerardo habeis dicho?

—Sí; ¿os causa estrañeza ese nombre?

—Mucha; mas por ahora os ruego que prosigais.

—Prosigo, pues, añadió Fernando que habia recobrado su antiguo buen humor. Desde que ví aquellas personas que me parecieron mejores que mi carcelero, abrigué la idea de seducirlas ó de engañarlas; mas como yo con la precipitacion del viaje no tenia encima ni alhajas ni dinero alguno, tuve precision de meditar lo que hacia y juzgué necesario valerme de la astucia. Las mujeres suelen ser en extremo sutiles y maliciosas y en su consecuencia me pareció que el fraile podia servirme mejor; pero el fraile no volvió á presentarse á mi vista y en este caso tuve que apelar al último ardid. Fingí una mañana un mal repentino, atroz, un verdadero mal de muerte que puso en alarma al bruto de mi carcelero; pedile á voces un confesor, le anuncié que ambos iríamos al infierno si no me lo proporcionaba y el ganapan tuvo al cabo precision

de ceder, no sin hacerme jurar y perjurar antes que nada diria respecto á mi permanencia en el castillo. Un instante despues entró en mi calabozo el padre Gerardo, le dije que me moria y que era preciso hacer llegar mi testamento á las manos de un amigo. El fraile cedió, y aquel mismo dia puso en manos de un pastor que debia pasar por Valladolid, el dichoso escrito que ha servido á Rugier para sacarme del castillo de Guevara.

Fernando de Mallorca terminó así y guardó silencio un instante; pero D. Lope que parecia pensativo le dijo con sumo interés:

—Segun eso el padre Gerardo permanece todavía en Guevara, ¿no es cierto?

—Sí, contestó el de Mallorca mirando con marcado interés hácia la parte donde está asentada la villa de Tordehumos.

—¿Qué observais con tanta atencion? preguntó el de Haro dirigiéndose á Fernando y á Lauriga, que parecian atónitos y admirados en extremo.

—Mirad, mirad, respondió el primero de los interpelados estendiendo su mano derecha y señalando con ella uno de los torreones que cercaban la villa.

Los tres amigos se habian acercado tanto, que podian distinguir clara y perfectamente lo que en la especie de azotea que coronaba aquel torreón estaba pasando en aquel instante.

Un fraile de baja estatura, de barba espesa y cenicienta, cubierta la cabeza con la capucha de su hábito estaba allí de pié inmóvil y con los brazos cruzados, mientras un caballero armado de todas armas y con el rostro encubierto, se acercó á él, hincó la rodilla en tierra y le pidió la mano, que luego besó con trasporte, no una sino muchísimas veces.

El caballero se levantó despues, volvió á besar aquella mano y ofreció su brazo al anciano religioso, que se apoyó en él con familiaridad.

—Por Dios vivos! exclamó Fernando de Mallorca lleno de admiracion, que ó yo estoy viendo visiones ó aquel fraile que estoy mirando es....

—¿Quien es? acabad; preguntó el de Haro.

—El padre Gerardo, respondió Fernando sin poder dar crédito á lo mismo que decia.

Teneis razon repuso D. Lope, se llama el padre Gerardo y sin duda es el mayor enemigo del rey D. Fernando el IV. de Castilla.

Rugier entretanto permanecia silencioso y sin apartar los ojos del torreón. Solamente una vez dejó escapar, mirando al caballero de que hemos hecho mención, un nombre que ya conocemos: el nombre de Adrian.

El caballero del torreón era el mismo que Rugier habia visto pasar poco antes por su camino vestido con la misma armadura de su cuñado el jóven Montalvo.

(Se continuará.)

ESTE MUNDO ES UN FANDANGO.

NOVELA ORIGINAL

DEL CORONEL

DON MARIANO RUIZ-LORENZO.

(CONTINUACION).

Concluida su tarea periodística, caladas sus gafas, aunque gozaba de buena vista, y con su indispensable puro en la boca, se lanzaba á pasear al Prado, engolfándose en el galanteo, que despues de la política era lo que mas ocupaba las potencias y sentidos del almiarado *pollo*.

II.

Un año mas pasó en estas *graves* ocupaciones, sin que el honrado don Bruno lograra atraer al lugar en tiempo de vacaciones á su querido retoño, en quien fundaba sus mayores esperanzas, cuando un incidente desagradable vino á acibarar por el pronto la existencia periodística del flamante escritor.

Fué el caso, que habiendo sufrido una fuerte indisposicion el encargado del folletin, y siendo precisamente la temporada de verano en que suele no estar completo el personal de las redacciones de los periódicos, se aprovechó el *pollo* de la ocasion para escribir algo, y este algo fué introducir, se supone, de contrabando, alguno que otro suelto criticando, ya indirecta ó ya directamente, á alguna persona á quien tuviera ojeriza, porque valdria un poco mas que él, resultando de ello algunos disgustos en la redaccion. Pero como habia pasado desapercibido el origen de aquellos sueltos que tanto engrañan al autor, y fuera creciendo, creciendo si no en saber al menos en osadía, se pasó á mayores escribiendo uno en que, equivocando los frenos, lo que habia de decir de los enemigos políticos lo aplicó á los correligionarios del periódico, armándose un zipizape en la redaccion, que no pudo menos de dar por resultado el averiguar quién fuese el autor de tal ex-abrupto.

Quedó pues cesante de periodista el pobre de Atanasio; mas considerando el director del periódico que se acercaban nuevas elecciones, por tener propicio á don Bruno, que como hemos apuntado se hallaba por cierto ignorante de cómo pasaba el tiempo su hijo en la corte, consiguió para el *pollo* una plaza de auxiliar supernumerario en uno de los ministerios.

Aquí era de ver á Atanasio vender proteccion á todo el mundo, dándose una importancia tal, que ya se desdeñaba de asociarse con los *pollos* de su camada. ¡Viva la osadía! exclamaba: el que es pauto, el que se detiene en consideraciones tontas, el que se ahita de prudencia, de moderacion, jamás será nada; en mí está la muestra. Rompí por medio, lancé desvergüenzas á troche y moche, ó por mejor decir verdades, aun cuando las verdades siempre amargan, y esto no pudo menos de halagar,

aunque solo fuera *in pectore*, á mi protector; porque gustan de todos los denuestos que se dicen á los contrarios. ¡Y aquel *quid pro quo*, aquella equivocacion de marras en que puse á nuestro mismo partido de ropa de pascua! El que escribe con conciencia de lo que dice, nada tiene de particular que cometa un pequeño desliz. ¿Y habré yo sido el primero? ¿Y qué perdí en ello? Al contrario, he ganado en posicion y.... quién sabe si otro juego semejante me empuje á mayor altura.

Tal modo de filosofar, que á la sazón no dejaba de estar en boga, iba llevando al jóven por sus pasos contados á ese camino fatal en que se forman hombres que, involucrando las cuestiones, metiéndolo todo á barato, sin mas norte que sus pasiones, son causa de esos conflictos, de esas disidencias, de esas divisiones de partidos que tienen trastornada la atmósfera política, desvirtuando las sanas intenciones de las altas capacidades del país, de las personas de provecho que pudieran regenerarlo.

III.

Colocado ya el *pollo* en una posicion oficial, que por un órden regular no podia esperar á la corta edad de diez y nueve años, sin méritos ni conocimientos de ninguna especie, y elevado á la categoría de *semi-gallo*, con tanto mas motivo, cuanto que en fuerza de afeitarse el bozo una y otra vez, habia conseguido aunque prematuramente un gracioso bigotito... ¿Y por qué no lo habia de llevar? ¿No lo llevaban todos, hasta los barrenderos de la villa, hasta los cocheros en su soberano pescante?

Es verdad que el bigote tiene su origen como todas las cosas, y tambien lo es que anteriormente, como signo de gravedad, de firmeza, no lo usaba mas que la clase militar, y no toda, pues habia varias órdenes que circunscribian su uso únicamente á la caballería, artillería y á las compañías de granaderos y cazadores de la infantería. Pero despues se dió un gran ensanche á la propiedad; pues si bien nuestros antepasados usaban de una frase familiar que decia: *el bigote al ojo aunque no haya un cuarto*; que aludia á los que con cortos medios ó pobres recursos querian ostentar gravedad ó circunspeccion: las circunstancias variaron, pues que lo usaron en nuestros dias hasta los toreros, que con sus vestidos de majo, traje que se lleva con gracia, desenvoltura y guapeza, les sentaba el mostacho como en manos de un santo un par de banderillas.

Ya se vé, fué una moda importada del extranjero y es necesario respetarla. Solo falta que la use el clero, y que como consecuencia natural, cualquier profano pueda á su vez abrirse en la cabeza la corona clerical. Así como así, tan propiedad individual es el pelo de la cabeza como el de la cara, y la propiedad del individuo debe ser respetada religiosamente.

Ojalá y se hiciera respetar tanto la que mas interesa á la sociedad, y no se viera, como ya indicamos en otro lugar de este libro, á los hacendados espuestos á cada paso á ser víctimas de cuatro

desalmados que acechan su presa para llevársela, y exigir á veces por su rescate mas de lo que puede valer su hacienda, y de no aprontarlo ser cruelmente asesinados. Pues si comprendemos bien que no son desgraciadamente tan estrechas las mallas que forman la red de la Guardia civil, que pueda absolutamente evitarlo, tambien consideramos que esta clase de malhechores, donde debe perseguirse y extinguirse mas fácilmente es en los pueblos, teniendo bien planteada la vigilancia para averiguar en qué se ejercita cada uno y de qué vive; á menos que tambien se nos quiera argüir como alguno lo ha pretendido ya, con que esto sea atentatorio á la libertad é independencia con que deba vivir la criatura, ó lo que es lo mismo, que las vidas y haciendas estén á merced del mas fuerte, no en valor, sino en alevosía.

Pero nos hemos engolfado mas que hubiéramos querido en la cuestion de propiedad, y es necesario volver á nuestro Atanasio, á quien seguiremos ahora en sus amores con una dama, cuya fisonomía y la de su familia vamor á bosquejar.

IV.

Para conseguirlo creemos lo mas oportuno mostrar primero al lector la casa que frecuentaba ya nuestro *semi-gallo*, á resultas de conocimiento hecho en el Prado, palenque donde se urden las intriguillas amorosas de la corte, por medio de palabras dichas al vuelo, ó por perfumadas misivas que se cruzan entre las partes interesadas; á todo lo que los papás suelen hacer la vista gorda por ver si al fin pica un pez de provecho; sin que por otra parte puedan resultar de solo esta clase de telegrafía ciertos inconvenientes que suelen dar al traste con la reputacion de una doncella.

Atanasio habia pasado por todos estos circunloquios amatorios, y ya con el carácter de novio habia obtenido entrada en casa de su amada, se supone á horas convenientes, y eso que en Madrid es difícil el fijarlas.

Porque unos viven á la antigua española, esto es, desayunándose á las ocho de la mañana, comiendo á las dos, tomando el chocolate ó la taciella de almíbar á las siete de la tarde ó de la noche, segun sea verano ó invierno, y cenando á las once ó las doce; á la vez que otros lo hacen á la francesa, almorzando á las once ó las doce de la mañana y comiendo á las seis ó las siete de la tarde, plan de vida que aunque creemos mas económico al menos en combustible, no lo consideramos muy conveniente para los que, habiendo nacido á fines del siglo pasado ó principios del presente, á los cuarenta y tantos ó cincuenta años de edad trastornaron completamente su sistema de vida, cuya novedad viene siendo de moda hace mas de veinte años; pero que podrá convenir ciertamente á la actual juventud, si se ha hecho desde el principio á semejante plan. Y sin entrar en cuestion sobre cuál de los dos sistemas sea mejor si el español ó el francés, aun cuando sea muy cuestionable en un país como el nuestro tan meridional,

nos atendremos á que el gobierno eligió el último para el mundo oficial, y punto redondo.

Así, sucedía que Atanasio comía á la francesa, y en casa de su prometida á la española, teniendo que elegir por lo tanto como visita ya de confianza, la hora de las nueve de la noche—ya dijimos que era verano—en que despues de comer y de ir á tomar la obligada taza de café, con que era moda regalar al estómago, aun cuando su comida no fuese de las mas suculentas que necesitase de tal digestivo, se dirigía al lado del ídolo de su albedrío, que aunque huérfana tambien de madre, aun cuando no estuviese el padre en casa, se hallaba la hermana de la jóven, por lo que no habia inconveniente en recibirlo.

Y á propósito del café: lo mucho que se ha generalizado su uso de cuarenta años á esta parte si hemos de atenernos á cierto sistema médico, no ha podido menos de dar excelente resultado para la salud pública; pues siendo un digestivo reconocido debe obrar un efecto tal en la muchedumbre que puebla los cafés, y especialmente en aquellas personas que por sus no grandes facultades, sus comidas deberán ser poco confortantes, que limpiará sus estómagos con una facilidad tal, que los dejará como cañon de órgano, disminuyendo por lo tanto las indigestiones, aun cuando se haya ideado mezclarlo con leche, sin duda para atenuar los efectos de la anti-nutricion que pueda causar la aromática bebida, en los que usan tan parvos alimentos. De todos modos es un adelanto, pues es mejor para la salud este pasatiempo en la mesa de un café entre dos ó tres amigos, que el que se hacia acompañado únicamente de bebidas espirituosas, aunque algunos las mezclan aun al café para hacerlo mas comfortable.

V.

En el centro de un gabinete decentemente puesto, que además de la consiguiente puerta de entrada tenia á un lado la de un balcon abierta por el calor sofocante que reinaba, aunque á cubierto de miradas indiscretas por medio de su correspondiente cortina, y al otro lado la de una alcoba, habia un velador; en él la lámpara y varios periódicos, y á su inmediacion se hallaban sentadas las dos hermanas Ana y Dorotea; esta haciendo labor y aquella leyendo las noticias políticas de los dias anteriores; pues los periódicos que tenia delante se los traía Atanasio del gabinete de lectura y eran siempre atrasados, que es como se permite sacarlos en dichos establecimientos.

Ana, sin ser lo que se llama una mujer hermosa, era agraciada, alta, esbelta y de maneras estrechamente elegantes. Pizpireta de diez y ocho años, con mas vanidad que talento y con sus ribetes de fátua, era una criatura imbuida en máximas quiméricas, ocupada esclusivamente de la política, llena su cabeza de ideas que no podia digerir su inteligencia; representando el papel de mari-sabidilla, y por consiguiente muy poco afecta á los quehaceres propios de su sexo. Tal mentor ha-

bia venido á afirmarla mas y mas en la frivolidad de sus conceptos; pues con semejantes dotes, nada mas natural que el que hubiese simpatizado con Atanasio, habiendo tal mancomunidad de pensamientos.

Dorotea, con su semblante menos animado y mas naturalidad en sus maneras, no carecia de atractivo por sus hermosos y rasgados ojos, linda boca y alabastrino color. Tenia dos años mas que su hermana, era de carácter grave y reflexivo; y aunque algo positivista, de buenos sentimientos, laboriosa, y la que estaba al frente de los quehaceres domésticos, teniendo en buen orden la casa.

Oigamos el diálogo de las dos hermanas.

—¡Qué pesadas se hacen las horas con este calor tan insufrible! exclamaba Dorotea. Los hombres al fin tienen el recurso del café, donde al menos pasan una hora sin fastidio; pero nosotras....

—¿Por qué no lees los periódicos como yo? le contestaba Ana. Justamente los tienes aquí de todos colores.

(Se continuará.)

Solucion del geroglífico anterior.

*El miedo es natural en el prudente
y saberlo vencer es ser valiente.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

